

<https://www.banrepultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-405/saberes-admitidos-pero-no-reconocidos-en-la>

# Saberes admitidos, pero no reconocidos en la Expedición Botánica

Por: Jaime Andrés Peralta Agudelo

MUTIS.



*J. C. Mutis*

Mutis 1883, xilografía de pie. Autor desconocido

**Autor: Jaime Andrés Peralta Agudelo**

En su ruta hacia la capital virreinal, José Celestino Mutis recorrió el camino habitual del río Magdalena que unía a la costa del Caribe con el puerto de Honda para emprender, desde este punto del interior, el ascenso hacia la cordillera andina donde estaba situada

la fría Santafé de Bogotá. Corría el año de 1760 y el joven gaditano de 28 años inició su viaje a aquellas tierras lejanas en calidad de médico personal del nuevo virrey de la Nueva Granada, Pedro Mesía de la Cerda. Pero, además del ejercicio de la medicina, aceptó esta comisión laboral motivado por su gran interés por conocer nuevos paisajes y recorrer geografías extrañas para la ciencia europea y para estudiar la fauna, la flora, los minerales y demás entidades y fenómenos naturales de aquellos recónditos lugares. (imagen 1)

Sus sueños se cumplirían a cabalidad, pero a Mutis le esperaban también inesperadas sorpresas. La primera de ellas fue la constatación de la existencia de diversas autoridades en el campo del saber especializado dentro de los sectores de “poco lustre” de este confín colonial. En el ámbito del conocimiento y del uso de plantas, minerales o insumos animales con fines farmacológicos y terapéuticos—dos de sus principales focos de interés intelectual—se topó con los afamados “curanderos negros”<sup>1</sup> (esclavizados, zambos y libres) que ejercían su labor en diversos puntos del virreinato, como fue el caso de aquellos que habitaban en las riberas del río Magdalena. (imagen 2) Todo inició cuando fue llamado a presenciar el tratamiento que uno de estos personajes hizo con el llamado “aceite de canime” (*Copaifera officinalis*) y con otros bálsamos naturales para desinfectar, desinflamar y contribuir a la cicatrización de las frecuentes heridas de trabajo que padecían los bogas en el rudo oficio del transporte fluvial. Uno de ellos tenía una enorme lesión en su mano y, pese a la reticencia de Mutis para legitimar cualquier proceso curativo ajeno a la ciencia europea, en la entrada de su diario de viaje del 11 de enero de 1761 se vio forzado a reconocer su efectividad. Es así como:

[...] la herida atravesaba desde la parte inferior del último falange del pulgar, inclinándose oblicuamente por la parte exterior del puño, hasta la parte opuesta, interesando la mayor parte del carpo. La herida fue bien profunda, y en el término de dos meses quedó perfectamente sano con la curación del bálsamo y algunos puntos que también le dieron<sup>2</sup>.

Como Mutis, varios otros académicos que llegaron de ultramar— entre ellos Charles Marie de La Condamine, Pehr Löfling, Jorge Juan y Santacilia, Antonio de Ulloa, Alexander von Humboldt o Aimé Bonpland— se encontraron no solo con los curanderos, sino con otras cabezas médicas que brindaban sus servicios a las poblaciones locales. Algunas de ellas fueron las parteras, los “yerbateros” (especialistas en el manejo de las plantas para fines médicos); los “sangradores” (expertos en sangrías y en pequeñas cirugías); los “sobanderos” o “sobijeros” (adiestrados en la curación de luxaciones óseas y contracturas musculares) y, por supuesto, los chamanes amerindios que administraban, además, los componentes espirituales de los males físicos y mentales dentro de sus etnias de origen. (imagen 4)

## Los saberes silenciados

Los voceros de la ciencia europea del momento, que se percibían como los únicos adalides posibles de las “ideas racionales” y como los genuinos representantes del

“pensamiento elevado” entre la “familia de Adán”, también hallaron a personas que, sin tener la experticia de las figuras culturales anteriormente mencionadas, conocían algunos aspectos de la naturaleza adyacente a sus colectividades. Sus saberes fueron buscados, consultados y tenidos en cuenta por los científicos de la Ilustración para nutrir sus propios informes de trabajo. Por ejemplo, una vez iniciadas las labores de la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada en 1783, dos de sus primeros naturalistas asociados, el sacerdote Eloy Valenzuela y fray Diego García, recabaron de parte de sus “herbolarios”, “labranceros”, “prácticos” y “campesinos” contratados— o con otros personajes “sabidos” entre los “ignorantes”— muchos datos científicos relevantes y ejemplares de fauna, flora o minerales que complementaron el acervo de conocimiento y las colecciones de esta iniciativa científica.

Continuando con los usos medicinales de las plantas, en una nota correspondiente al 25 de mayo de 1783, Valenzuela consignó que tuvo contacto con varios pobladores locales. Uno de ellos, “un buen viejo” indígena, le mostró, por ejemplo, el arbusto del “naranjito” del que tanto habían oído hablar y que, según les habían indicado, tenía propiedades antidiarreicas, “lo que desempeñó [a satisfacción], dándonos al mismo tiempo muchos nombres de plantas. Un singenesista, que me pareció el Indio Viejo, la llamó tucutucu”<sup>3</sup>. En búsqueda de más formulaciones médicas provenientes de la naturaleza tropical, en Neiva el 20 de febrero de 1785, Diego García escribió sobre los beneficios de la “yerba del Panche”:

[...] la cual aplican los Naturales para las llaguitas en las partes ocultas, para lo que toman en la menguante las Varitas, secandolas al aire, muelenlas, sacan los polvos de las Ojitas por Zedaso tupido para poner sobre las llaguitas, despues de haverlas lavado con el cosimiento del mismo Panche. Vi el efecto en un sujeto Campesino, que con felix éxito uso de esta medicina para las llaguitas que padecia ocultas (sic)<sup>4</sup>.

No cabe duda, entonces, que en todos los sectores del llamado “vulgo” neogranadino también hubo espacio para la creación intelectual, así como para el desarrollo de sistemas propios de pensamiento, la gestación de rigurosos procesos de observación y experimentación, la consolidación de complejos sistemas de ordenación y clasificación de hallazgos, y la dilucidación de eventuales campos de aplicación en la vivencia diaria de sus propias comunidades de referencia. (imagen 6)

## Sistemas de pensamiento alternos

A pesar de las contribuciones de estas fuentes originarias a las tareas de la Expedición Botánica y a otras empresas académicas del reformismo borbónico, de ellas no queda gran memoria en los documentos oficiales<sup>5</sup>. Esto se debe a que los informes eran producidos para ser leídos en Colegios Mayores, universidades o tertulias intelectuales, pero, sobre todo, para ser escuchados en Europa con la intención clara de buscar la legitimación del quehacer científico de sus autores por parte de sus pares ubicados al otro lado del Atlántico. Pero en los textos más íntimos y personales de los “sabios” ilustrados, como cartas y diarios, sí se dejó constancia de los valiosos aportes de los

“otros” de la sociedad virreinal, con lo cual se refleja una doble actitud entre las élites del momento: el reconocimiento implícito de los saberes no europeos y el ocultamiento público explícito (cuando no desprecio abierto) de los descubrimientos desarrollados por quienes fueron tomados como seres “salvajes y supersticiosos”, sumidos en la “ignorancia” y en la “oscuridad” y, por lo mismo, imbuidos en ideas que no prestaban ningún servicio al imperio español.

El pensamiento de la Ilustración vio en estos sistemas de conocimiento alternos una amenaza para su prestigio y hegemonía. En las Américas no blancas, no podía existir una ciencia digna “de ser expuesta a los fastos de la razón”, más aún, cuando sus procesos y logros intelectuales habían nacido en un continente y entre diversos grupos humanos (indígenas, esclavizados, libres, mestizos y demás “castas”) que se habían prefigurado de antemano como carentes de “razón”, de historia, de capacidad intelectual y de producción científica especializada. No por nada, Mutis escribiría sobre el fenómeno científico neogranadino, donde, en su concepto, era ostensible el:

[...] total abandono de los conocimientos sólidos de las ciencias útiles en este Nuevo Mundo[...] y aun a proporción de la variada y esquiva abundancia de cuerpos rarísimos con que se halla enriquecido este Nuevo Reino de Granada, en los tres ramos de animales, vegetales y minerales que forman la historia natural, parece haber crecido el olvido, la ignorancia y aun la oposición a aquellos conocimientos físicos con que ilustrados los entendimientos de la juventud americana pudieran haber florecido estos dilatadísimos dominios en honor y utilidad del monarca y sus vasallos <sup>6</sup>.

Los descubrimientos de los estamentos *inferiores* de la escala social fueron presentados como simples “curiosidades”, como afortunadas “casualidades” especulativas, como meros hallazgos “rústicos y vulgares”, que, por sí mismos, no podían inscribirse dentro del caudal científico del mundo occidental. Los logros de los “naturales” solo se podrían validar una vez sus resultados fueran cotejados con los libros de consulta de “insignes autores” del Viejo Mundo, cuando fuesen procesados por sus émulo—peninsulares y criollos—a través de sus propios instrumentos de medición, tras ser revisados bajo el método científico eurocentrado, prefigurado como la única vía posible de obtención de conocimiento, y divulgados únicamente de la mano de los “hijos más ilustres” de la nueva era de “luz” y de “razón” que estaba naciendo en el universo cultural español.

En este tenor, volviendo al ya citado aceite de canime, Mutis redactó el 10 de septiembre de 1784 un informe técnico para ser remitido al Real Gabinete de Historia Natural en Madrid. Disminuyendo el papel sus descubridores amerindios, fijó su origen en “médicos europeos”, aunque advirtió que los “naturales”, entre otras “prácticas atrevidas”, lo usaban como diurético y purgante. En todo caso, era imprescindible una “observación gobernada por la razón” para establecer su verdadera eficacia. Y, sin referirse a los curanderos, anotó con autoridad que:

[...] en las frecuentes cortaduras y heridas grandes de partes carnosas, se hace uso muy frecuente y siempre con admirables y prontísimos efectos, aplicándolo caliente sobre la parte herida en hilas y con presas mojadas en el bálsamo, sin descubrirla en los dos o tres días primeros. Tal vez convendría introducir esta práctica en los ejércitos y armadas <sup>7</sup>.

Fue así como los ilustrados, de esta y de todas las expediciones académicas enviadas a reconocer las posesiones españolas de ultramar, se ubicaron a sí mismos como el alfa y el omega de la creación científica. Se situaron *a priori* como el árbitro supremo que debía separar el conocimiento legítimo de las “habladurías” de los “charlatanes”. Solo con ellos como protagonistas, la “ciencia verdadera” podía florecer en el Nuevo Mundo. Los saberes de los demás, estaban realmente *por demás*. Hasta el día de hoy varios de ellos son ignorados por los agentes de la ciencia moderna y, al igual que en el siglo XVIII, muchos siguen siendo tomados por las élites intelectuales del país—aunque, por fortuna, con cada vez menor intensidad—tan solo como “groseras especulaciones”. Una herencia del Siglo de la Luces que estamos en mora de superar. (imagen 7)

*\*Doctor en Historia de América Latina de la Universidad Pablo de Olavide. Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Comunicador social y periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana. jaime.peralta@udea.edu.co*

## Referencias bibliográficas

<sup>1</sup> Las palabras entrecomilladas se han extraído de los documentos consultados. [Volver arriba](#)

<sup>2</sup> José Celestino Mutis, *Viaje a Santa Fe de Bogotá* (Madrid: Historia 16, 1991), 112. [Volver arriba](#)

<sup>3</sup> José Celestino Mutis, *Viaje a Santa Fe de Bogotá*, 173. “Tucutuco” era el apelativo local dado a los episodios diarreicos. [Volver arriba](#)

<sup>4</sup> Diego García, “Relación que sobre producciones naturales por la Comisión al padre Fray Diego García por el Exmo. Señor Arzobispo y Virrey de Santa Fé [...]” en *Fray Diego García, su vida y su obra en la Expedición Botánica*, compilado por Luis Mantilla y Santiago Díaz-Piedrahita (Bogotá: Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, 1995), 116. [Volver arriba](#)

<sup>5</sup> Ello no impidió que se les rindiera, de manera excepcional, algún homenaje académico. Mutis quiso premiar las remisiones de plantas conseguidas por uno de sus herbolarios, Luis Esteban, con la definición del género *Estebania* y, a su vez, Valenzuela intentó crear el género *Fetecua* en honor de Luis Esteban Fetecua o Fetegüa. No hay certeza, al menos en la documentación consultada, de si se trata de la misma persona. [Volver arriba](#)

<sup>6</sup> José Celestino Mutis, “Informe sobre el descubrimiento y aplicaciones de la platina del Chocó” en Alberto Gómez Gutiérrez y Jaime E. Bernal Villegas, *La extrema sutileza de don Jaime Navarro. Fuentes para la historia de la vida y obra del compañero de viaje de José Celestino Mutis en el Nuevo Reino de Granada: 1760-1775* (Bogotá: Academia Colombiana de Historia y Universidad del Sinú, 2022), 204. [Volver arriba](#)

<sup>7</sup> José Celestino Mutis, “Virtudes del Cativo de Mangle, del Aceite de María, del Aceite de Canime, del Bálsamo Rubio”, en *Escritos científicos de don José Celestino Mutis. Tomo I*, editado por Guillermo Hernández de Alba (Bogotá: Instituto de Cultura Hispánica, 1983), 167. [Volver arriba](#)

**Fecha de publicación:** martes, 31 octubre 2023

**Fecha de última actualización:** martes, 7 noviembre 2023